

## PIQUE LONGUE – GRAND VIGNEMALE

*Audentes fortuna iuvat*

Esta no es una crónica “oficial” de la excursión al Vignemale, ni quizá yo, como recién llegado al CEM REICAZ y en definitiva a este deporte, debiera ser quien la hiciera... Tampoco es la crónica de una conquista, de alguna victoria o de una gesta. Es un conjunto de recuerdos, sensaciones, experiencias, más o menos ordenados en el tiempo, más o menos dibujados en mi mente.

Lo cierto es que llevaba yo dos noches sin poder conciliar el sueño, pues me invadía una sensación mezcla de curiosidad y emoción (vaya dos ingredientes!) por el Vignemale. He de reconocer que hasta hace dos días, el único recuerdo que me traía este nombre en francés eran las tardes tontas de verano, de esas en las que se te apodera la modorra de después de comer con el soniquete del Tour de Francia de fondo evocando las gestas de gente como Greg Lemond, Laurent Fignon, Pedro Delgado...

La mañana amaneció bien con “*mar de nubes en Francia*”, así que tras un desayuno más que aceptable para coger fuerzas, salimos camino de la presa de Ossau. Tras una media hora desde el hotel por un camino que al final uno duda de que por allí pueda pasar ni siquiera un Hummer, llegamos a la presa. Una inmensa llanura atravesada por un torrente que fluía alegre transportando el agua que recoge de las espectaculares cascadas que caían al valle con una fuerza descomunal. Allí nos encontramos con el grupo de compañeros - sherpas que habían pasado la noche en un “hotel de mil estrellas” y tras los saludos, abrazos, risas y la foto de grupo de rigor, nos pusimos en marcha.

Un poco de llaneo hasta que la senda va cogiendo altura rápidamente en tramos a veces limpios, a veces absolutamente rotos en los que la única indicación de que por allí va la senda son los hitos o mojones de piedras convenientemente colocados. Así llegamos al punto en que el que se separaron nuestros caminos, ya que los compañeros que integraban el grupo u opción “A” enfilaron dirección refugio de Byssellance para intentar cumplir su ambicioso objetivo que no era otro que hacer los cinco tres miles que coronan el glaciar de Ossau, “el Corroncho”, plan que les llevaría ese día y el siguiente. Quedamos pues M<sup>a</sup>. Emilia, Domingo y un servidor como únicos integrantes del Plan B que enfilamos camino de nuestro objetivo: subir la Pique Longue, uno de los cinco tres miles, el más alto. Nuestro objetivo era mucho más modesto, pero para mí un auténtico bautismo montañero que en mi vida me había planteado.

Llegamos, pues, a la entrada del glaciar de Ossau, donde nos calzamos los crampones, bueno a mí me los calzó Domingo porque nunca me los había puesto, y comenzamos a adentrarnos en ese inmenso océano blanco. Al principio caminaba con cierta soltura, (los crampones son todo un invento para caminar sobre nieve) pero conforme se va avanzando se va ascendiendo... Clavé la vista en lo que yo entendí que era el final del glaciar, una línea blanca con puntitos negros que se movían y no me pareció una empresa excesivamente difícil... ¡qué atrevida es la ignorancia!

Al cabo de un rato ascendiendo noté que mis piernas comenzaban a quejarse, me paré a descansar: “*no lo entiendo, pero si en el gimnasio además de correr en la cinta trabajo los*

*cuádriceps a base de bien...*" me dije. Estaba en este pensamiento cuando M<sup>a</sup> Emilia me apremia: *"no te pares, tienes que dar pasos cortos, pero no te pares"*. Clavaba el bastón derecho, adelantaba el pie izquierdo y así alternativamente, pero cada vez con un poco más de dolor. Miraba a mi alrededor, la gente caminaba pesadamente, cabizbaja, en silencio, sin detenerse, parecía una procesión de penitentes. Pronto empezó a azotarnos un aire helado racheado, de esos que llevan "muy mala leche"... Algo le habría hecho al Vignemale para que mandara ese mensaje en forma de viento helado que yo entendí enseguida: no solo tendría que luchar contra el Vignemale, sino contra mí mismo. El dolor en los cuádriceps pronto se tornó en náuseas y el viento que nos atizaba, en algo que realmente no esperaba: miedo, mucho miedo. Me giré a M<sup>a</sup>. Emilia y con una mueca que pretendía ser una especie de sonrisa forzada le dije *"M<sup>a</sup>. Emilia, no sé..."*. Rápidamente avisó a Domingo que iba por delante y este colocándose a mi altura y viendo mi estado, me dio una especie de pan de higo. *"Cómelo poco a poco y bebe agua"*. De comerlo poco a poco nada, lo engullí de dos bocados y lo acompañé de unos buenos sorbos de agua, además de sacar unos frutos secos, pasas y plátano deshidratado que llevaba yo en el bolsillo. Aquello fue providencial para continuar la marcha hasta la zona en la que se dejan las mochilas para iniciar la trepada final. Hasta allí llegué "como pude", dolorido, pero a la vez reconstituido. Nos quitamos las mochilas y antes de iniciar la trepada nos sentamos a descansar con el casco puesto. Noté el agarrotamiento que hizo que mis piernas se quedaran tías como palos y empecé a masajearlas. Domingo comenzó a estudiar la mejor forma de iniciar la trepada y lo primero que nos dijo es que la piedra estaba demasiado suelta por lo que habría que subir con mucha precaución. Nos incorporamos y comenzamos a trepar. *"Un pie aquí... no ahí no, aquí"; "venga tranquilo que tú eres alto"; "asegura primero el pie"; "agárrate donde hagas pinza con la mano..."* Debía parecer un auténtico monigote torpón intentando subir por aquella pared y aunque ciertamente me notaba inseguro, mi cabeza me decía *"vamos, vamos..."*. Una inspección más por parte de Domingo sobre el camino a seguir y la siguiente instrucción me la dio en forma de mala noticia: *"Lo siento Javier, tengo una mala noticia. Creo que no estás preparado para subir esta pared. Veo difícil que llegues a subir, y aunque llegaras arriba, bajar es peor", "te noto muy inseguro y subir por aquí requiere tener unos mínimos conocimientos de escalada que tú ahora no tienes"*. Ante semejante planteamiento incontestable, no me quedó más remedio que rendirme a la evidencia, así que asumí la situación. Lloré pese a que Domingo intentó consolarme *"volveremos, no te preocupes que volveremos al Vignemale y haremos practicas de trepada en las próximas salidas al monte"*. Domingo y M<sup>a</sup>. Emilia continuaron la trepada y allí me quedé yo, sentado en la base del Pique Longue a 3.200 mts, con el casco puesto, acalambrado por todas partes, con las piernas que parecían dos estacas y con una sensación agri dulce. Saqué una manzana que comencé a mordisquear, me tranquilicé y me dediqué a admirar el paisaje que tenía delante con los picos que conforman la corona del glaciar, objetivo de nuestros compañeros del Plan A: Clot de la Hount, Cerbillona, Pico Central, Monferrat y Pique Longue en el que yo estaba. Recordé a mi mujer y a mis hijos que a esa hora deberían estar en casa preparándose para comer, recordé también a una amiga mía de Biescas muy montañera con muchos tres miles a sus espaldas que fue la que hace unos años me metió el gusanillo de este deporte...

Una vez bajaron de la cima Domingo y M<sup>a</sup>. Emilia y cuando nos disponíamos a iniciar el descenso hasta el glaciar y emprender el camino de vuelta, un chico por arriba grito: ¡¡*"PIEDRA, PIEDRA!!"*. Me giré y me quedé inmóvil viendo venir a toda velocidad hacia nosotros un montón de 20 o 25 piedras de todos los tamaños (recuerdo especialmente una de tamaño considerable). Noté como Domingo tiraba fuertemente de mi brazo para sacarme de la trayectoria de la piedra grande que pasó como un bólido a medio metro por mi izquierda, a la vez que gritaba: ¡¡ *"vámonos, hay que salir de aquí ya"!!*. El chico, al que luego cuando vimos llamábamos "Pedro tirapiedras", seguía arriba sin moverse con temor a empujar más piedras sobre nosotros. Mientras M<sup>a</sup>. Emilia y yo descendíamos al glaciar, casi a empujones de

Domingo, que nos hizo deslizar sentados sobre la nieve hasta un lugar seguro fuera del alcance de las piedras, rápidamente recogió los palos, crampones y mochilas, abandonados en la subida, y los lanzó sin pérdida de tiempo al glaciar. Recogimos todo y comenzamos a descender. No caminábamos, volábamos y de vez en cuando nos sentábamos y nos deslizábamos por la nieve como críos. Rápidamente llegamos a la entrada del glaciar donde paramos a comer e iniciamos, ya sin crampones, el regreso, unas veces por la senda, otras veces por atajos. De vez en cuando tocaba atravesar algún nevero cosa que yo llevaba muy mal pues la nieve no me traía un recuerdo como muy agradable ese día. Una rápida visita a una de las cuevas de Russell con foto de rigor en la entrada y seguimos para abajo. En una de estas, M<sup>a</sup>. Emilia se resbaló haciéndose una herida en un codo (eso son heridas de guerra que sólo las sufren los soldados valientes) y que afortunadamente no fue a mayores.

Es así que tras unas tres horas de descenso llegamos al coche que nos lo encontramos rodeado de ovejas y niebla. Una cura rápida a M<sup>a</sup> Emilia y emprendimos el viaje de regreso a casa, pero esa es ya otra historia que merece una crónica aparte...

Javier Valero Bermejo.